

Plegaria por Cuba

SU voz implorante se deshojaba en la quietud del templo:

¡Señor! ¡Señor! ¡Aquí estoy! ¡Ante tu presencia! ¡En tu casa!

Aquí estoy para pedir por los cubanos que dieron su sangre generosa en defensa de la libertad.

Aquí estoy para rogar por aquellos que sufrieron hambre y sed en las montañas desoladas, en las llanuras interminables, dondequiera que se enseñoreaban el exterminio y la muerte.

¡Señor! ¡Señor! ¡Aquí estoy! ¡A tus pies! El alma revestida de pureza. Manso el corazón que ha padecido tanto. De rodillas el espíritu que alienta sólo por tu misericordia.

Aquí estoy para pedir por todos.

Para pedir por los que fueron inmolados.

Para pedir por los que sufrieron persecuciones, mientras clamaban en el páramo de todas las desventuras.

La señora Lina Ruz viuda de Castro acababa de arribar al sagrado recinto. Junto a ella, resplandecientes de mística emoción, estaban su hija Angela, su hermana Marisabel y una amiga de la familia, Yul de la Torre.

Cubriendo su cabeza y sus pensamientos con una mantilla, la señora Ruz viuda de Castro encendía unas velas en acción de gracias.

¡Señor! ¡Señor! ¡Gracias por lo que has hecho!

Yo sabía que volverías tus ojos hacia nosotros y tendrías compasión de nuestras tribulaciones.

¡Gracias, Señor!

La palabra se le hacía cada vez más lenta, más honda, más inmaterial.

¡Señor! Que estas luces que arden bajo las imágenes, se nutran en nuestros corazones y nos calienten el alma, todavía helada por la adversidad.

Las sagradas imágenes que cimentan la devoción de la ilustre dama derramaban reflejos de mansedumbre: la Virgen de la Caridad de El Cobre, la Milagrosa, Don Bosco.

Entrando a través de los vitrales, la mañana era de miel luminosa.

Una brisa de libertad movía las rosas cuyo perfume trepaba a la Bandera Nacional, que cantaba un

¡Señor! ¡Así como tú naciste un día para salvar a la humanidad, haz que la libertad nacida también en nuestra patria perdure en honor del pueblo! — ruega la señora Lina Ruz, viuda de Castro. — Las madres que tienen hijos muertos merecen el alba, — añade. — De ellas debe ser el Reino del Sosiego.

POR

GUILLERMO VILLARRONDA

FOTOS DE "PEPE" SUAREZ.

júbilo alto sobre sus propios colores.

Seguida de sus acompañantes, la señora Ruz viuda de Castro anduvo por el pasillo de piso reluciente y se detuvo frente a la Virgen prieta.

¡Gracias también, Virgen de Cuba!

¡Gracias porque sustentaste mi esperanza!

Porque pudiste fortalecer mi voluntad para que no se quebrantara en los instantes de prueba.

El recuerdo impulsaba aquel acento que le llegaba de lo más profundo.

Era como si en el escenario de su memoria fulgiesen los hijos heroicos.

Como si los hijos mil veces heroicos le acercaran de nuevo a aquellos días en que la muerte velaba en las encrucijadas, en las estridencias de las sierras, en las márgenes de los ríos.

¡Gracias, Virgen de Cuba, porque ellos han vuelto victoriosos.

Pero, Madre, ayúdalos para que puedan cuidar amorosamente las azucenas de la paz.

Para que la paz se perpetúe en la isla que nos regaló el mar.

Para que la paz no vuelva a ser herida por la mano del hombre.

¡Hazlo por nosotros, Virgen de la Caridad del Cobre!

La hermana Marisabel comenzó a llorar. Su hijo Roberto Estévez había caído en la epopeya.

El llanto de Marisabel mojó el silencio.

Era un llanto que empababa la claridad.

Era un dolor lloviendo desde dentro.

Desde las entrañas recias de la angustia.

En tanto, la plegaria de la señora viuda de Castro subía a los oídos de la atmósfera

¡Virgen de Cuba! Haz que la tristeza de las madres enlutadas se hospede en los aromas y ponga un éxtasis de conformidad y optimismo en su noche sin aurora.

Las madres que tienen hijos muertos merecen alba. El canto de las aguas pacíficas. El encantamiento de la resignación.

De ellas debe ser el Reino de Sosiego.

Ellas se han ganado un retiro de gloria.

Ellas son dignas del tañido de las campanas mejores.

¡Oh, Virgen de Cuba! ¡Virgen de la Caridad de El Cobre!

Que jamás descendan del almanaque aquellas fechas que aún aguderean mi destino.

Su invocación estaba escoltada por las escenas más dramáticas.

No se le olvidaba aquella ocasión en que le dijeron que Raúl y sus compañeros estaban siendo bombardeados en Sierra Cristal.

Recordaba cómo había tomado un jeep y, manejándolo ella misma, se había hundido en la distancia, enfrentándose a terribles peligros, para amparar al joven guerrero.

Ahora se convencía de que las madres son valientes.

Estaba segura de que el heroísmo lo habían inventado las madres.

Se alejó hacia cerca del Gran Altar, donde el rostro de Jesús sudaba sacrificio y eternidad.

Angela le seguía los pasos y la miraba.

Frente a la reproducción del Nacimiento, donde el Nazareno bañaba de magnificencia el pesebre, sus pupilas abarcaron el espectáculo pascual y de su garganta brotó una navidad de frases:

¡Señor! Así como Tú naciste un día para salvar a la humanidad, haz que la libertad nacida también en nuestra patria perdure por los

siglos de los siglos en honor del pueblo.

No lo hagas por mí, Señor, pero hazlo por mis hijos.

No lo hagas por mí, pero sí por las madres que lloran.

Por las madres que lloramos aún sabiendo que el fruto de nuestras entrañas está cantando el salmo de la victoria.

Rezando el rosario, llevando los ojos al cielo, para empapárselos de infinito, era la beatitud manando santidad.

Apenas oyéndose —pero escuchándose en su clara conciencia— dijo dulcemente:

¡Señor! He de cumplir mi promesa con la Virgen de Guadalupe. Iré hasta México, la veré y le diré que le estoy agradecida porque Fidel y Raúl, y los que estaban con ellos, regresaron trayendo el laurel del triunfo.

El viejo golpeaba las persianas de las puertas y desparramaba una música celeste.

Una melodía angélica caía sobre las losas pulidas.

Una sinfonía que entraba en nosotros y se quedaba dentro.

¡Señor! ¡Señor! ¡Qué la paz se mantenga!

¡Qué la paz se mantenga mientras las estrellas alumbren!

Mientras haya una rosa que perfume los amaneceres.

Mientras el sol ilumine el corazón de la patria.

¡Te lo demando por mis hijos y por los hijos de los hijos de todas las madres cubanas.

¡Por los hijos de los hijos de todas las madres del mundo!

Amén.

Y la señora Ruz viuda de Castro besó el rosario y tornó sus pasos hacia la puerta principal.

Su presencia estaba como removida.

Su hija Angela y las que la seguían tenían el rostro amanecido.

La puerta principal se abrió y un cielo de azul macizo desplegó su abanico de nubes.

La mañana era niña.

Era una niña que comenzaba a andar sobre el sendero de la esperanza.

Sobre la libertad, que es el sendero definitivo del hombre.

De los hombres.

De todos los hombres que quieren aprender el oficio de ser hombres.